HABITÓ ENTRE NOSOTROS

(2002)

*A la memoria de mi padre*

*Y el Verbo se hizo carne*

*y habitó entre nosotros.*

JUAN I, 14

LA NATIVIDAD

Esta es tu patria, hijo mío,

un establo donde tu madre

ya duerme

de regreso a nuestra especie:

hasta ahora

ella era un animal mítico: el vientre

avanzado

y habitado

por Ti, entonces voraz nonato,

que le consumías hasta los huesos.

Soy un hombre añoso, he visto

todo. Sin embargo,

me sobrecoge mirarte, mi recién nacido:

a pesar de las madres

todo niño está abandonado

sobre la vastedad de una tierra callada.

Tu madre,

muchacha todavía sorprendida

por Ti, no cantó

una canción de cuna. Mirándote

solo murmuró inacabablemente:

es espantoso esperar de Él

lo que esperan.

EL BAUTISMO

Yo grité en el desierto

que vuestros pecados eran gordos como puercos.

Vengan al Jordán. Aquí estoy

como árbol que resiste la corriente.

Inclínense

ante el ardor que el Padre ha puesto en mí

y quedarán limpios como los niños

que esta mañana retozan en el agua.

Pero Tú ¿por qué vienes a mí, Señor?

Tú no tienes pecados, excepto

acaso una marca de nacimiento:

la fijeza del Padre

que vive en un solo y eterno día.

El río

te dirá que el caminar de los hombres es continuo

e inevitable.

Por eso te bautizo, rogando

que cuando dejes el agua

te acompañe

el espíritu fluyente del río, su transcurrir

en el tiempo

hasta el día en que los cielos

se abran nuevamente para Ti.

LA TENTACIÓN EN EL DESIERTO

Los pastores de cabras

que cruzan el desierto

siguiendo largos caminos invisibles

te miran compasivos. Adivinan

que en tu quietud, recostado en la roca,

mientras ninguna hora avanza,

desmoronas igual que el sol a las piedras

las palabras del mal.

Cuando regresen de sus valles de pastura

(en la aridez

sonará como agua la alegría

no estarás. Solo hallarán

en la roca

la huella de tu espalda,

negra,

como si hubieras ardido.

EL DESCANSO EN LA FUENTE

Samaria, tierra poco amiga, míralo

sentarse junto al pozo, solo.

derrotado por los desiertos.

Olvidado de su sed, ensimismado, observa

los trigales sin viento,

las ovejas dormidas

en la colina, las inclinadas hojas

de humildes hortalizas,

el reflejo del agua profunda

abrillantando su ropa. En el mediodía

todo alcanza la limpieza de su origen,

su tranquila plenitud.

Ha encontrado una hora única e infinita, y está

entrado en ella. Ahora

Él está convencido:

su eternidad es posible.

Dale ya de beber, samaritana.

EL ENDEMONIADO

Vino el mal y calzó perfectamente

en mí

pero como una perversa lucidez.

Mis ojos vieron cómo se desata

el rencor

exiliándose en todas las cosas. Todo

se tuerce

como la boca de la gente, o se agesta

o se va de uno. Se van

la cuchara de mi mesa, mi mesa, mi casa

las calles, la ciudad, mi patria,

y quedo yo solo

cada día, cerca de los cerdos, abrazado

a esta piedra / que no ama.

Por eso lloro y me revuelco ante Ti. Dame

de tu infinito aire de salud.

Cúrame,

pero no totalmente,

déjame un pelo del demonio en la mirada:

el mundo

merece sospecha

siempre.

EL CIEGO DE JERICÓ

Que aturdimiento y qué maravilla:

cuántos rostros, cuántas miradas, pero

¿quién es aquel que me ha curado?

La gente se separa prontamente de Ti

como exiliándose

del terrible poder de curar.

Quedas Tú solo, decantado. pero natural,

pero ciudadano, pero no más.

Entonces hablas

y tus palabras tienen un aleteo dorado,

una resonancia

que el idioma rehúsa poner en otras bocas.

Señor; cuántos rostros, cuántas miradas:

que todas sean benévolas

y no se tuerzan cuando Tú te vayas.

MULTIPLICACIÓN DE LOS PECES Y PANES

Señor

Tú sabes que bajo los cielos nunca sobran

hombres diestros en redes y sembríos. Cuando

escogiste a tus discípulos

sabías que con ellos diezmabas

nuestros alimentos de mar y de campo.

Yo voy entre la muchedumbre que te escucha.

Vienes

como un relieve de luz en la luz

y no hablas como los viejos profetas

de ceño adusto:

Tú cuentas historias sencillas e inquietantes.

Esta tarde

cuando empezábamos a comprenderte

vino el hambre sobre la multitud,

y no había nada en las puertas de mimbre.

Pero Tú, hombre justo, restituiste al mundo

los alimentos

que los doce pescadores y campesinos

ya no producían:

tus manos fueron el mar y fueron el campo,

y todos fuimos saciados

porque de tus palmas

nacieron en abundancia peces plateados

y dorados panes de trigo.

LA ADÚLTERA

La frase, la limpia precisión de su lógica,

detuvo el tumulto.

Ellos,

apretando quietamente la piedra empuñada,

obedecieron sin poder oponerse

la orden de la frase: mirarse en las simas de sí mismos.

En el corro acallado

empezó a obrarse el milagro. Dicen

que Él realiza prodigios increíbles. Este,

tan esencial,

quizá sea el menos proclamado: hizo

que aceptáramos nuestras vilezas

con honestidad.

Por ese milagro

no fui lapidada. Como si hubieran pasado siglos

las piedras violentas cayeron de sus manos

convertidas en suave arena.

RAZÓN DE LAS PARÁBOLAS

La Palabra

siendo como es, divina, se pronuncia

lengua de hombres

lengua efímera pero tocada

por una gracia: la parábola,

aquella pequeña historia

que guarda una serena ansia: ser de todos.

Por eso hablo así, hilando

Palabra en vides. en semillas de mostaza,

en trigo

y aun en cizañas y pedregales, cosas de la gente,

de sus manos,

que luego suben como un destello

a sus límpidas mentes.

Olvidé. otra ansia de la parábola:

durar. Recordadas sean por siempre

todas porque todas son una, La Palabra,

que por ahora soy yo.

EL SEMBRADOR

Las semillas brillaban en mi alforja, cada grano

parecía vivo. La misma luz

hacía más ominosos a los cuervos que me sobrevolaban.

Me libré de ellos arrojándoles puñados de mi precioso grano.

—*Regalo inútil* —me dijo el hombre que me observaba

apoyado en el cerco de mi campo— *el dios*

*de esas aves es del solo comer y defecar.*

Empecé a sembrar. El límite de mis tierras es un pedrerío

y allí cayó mi torpe y primera siembra.

*—En las grietas húmedas asomarán pequeñas plantas,*

*regocijos de un día,*

*cuyos pies no podrán con la piedra* —dijo el hombre.

Luego arrojé semillas entre los cardos

que mi pereza no había arrancado. Fue

un gesto contra mí mismo.

*No convive el trigo con el cardo* —me advirtió el hombre—

*las plantas no podrán huir*

*cuando la carne les sea hincada hasta la muerte*.

Y llegué a la tierra barbechada.

Hice el voleo como se ofrecen zalemas a un dios.

—*Tendrás el granero lleno* —me aseguró el hombre, y

antes de marcharse, sonriendo suavemente

me dijo: *eres una parábola*.

MARTA Y MARíA

Querida Mafia:

Debo decirte que

la palabra miente una fijeza, una suspensión y

que no la cruza el miedo del acabarse luego.

Deja en esa felicidad a tu hermana, acurrucada

en Él y sus palabras.

Por lo demás,

todos esperamos tus vituallas de fogón, aun Él,

porque incluso La Palabra hace silencio

y el estómago suena.

Qué raros dones juntas, Marta, belleza y diligencia.

Y sabiduría:

cuando encendiste el fuego,

te vi poner debajo de leños nuevos

el leño que ayer apagaste. Sabías

que éste ardería con más deseo que los intactos.

Sí, Marta,

siempre hay un aprendizaje

para consumirse.

RESURRECCIÓN DE LÁZARO

El poder de su voz venía del convencimiento

de que él era Él,

y así llegó hasta tu sello de piedra

para ordenar que tus carnes entraran nuevamente

en el tiempo.

Y ahora limpia el atroz perfume de la muerte

en agua clara y fresca: lava tus largas vendas

en la corriente del río

como los pobres desaguan los interminables intestinos de ganado

que guisan y comen,

y luego enróllalas

y guárdalas.

Sé, pues, precavido

porque nadie sabe hasta cuándo durará el terrible

milagro.

Él dijo que te levantaras y no dijo más, ninguna promesa.

Tal vez solo tienes apurados días

para contemplar con tus ojos de carne rediviva

a tus hermanas comiendo pan y mollejas.

Debo decirte, Lázaro,

que aquí en Betania ya no tenemos noticias del Milagroso.

Sin profetas nos sentimos muy solos.

Cuando retornes a tu sepulcro

no volverás a escuchar

su voz impertinente detrás de la piedra.

LAS LLAVES DEL REINO

No soy un endemoniado, Señor, mas

desespero

buscando un llano lugar donde vivir.

¿Es el cielo como el campo deleitoso

donde hacen el amor los campesinos,

heno, hierba, frutas doblando una rama

y el propio corazón como un bien

finalmente. poseído?

Dicen que le diste a Pedro las llaves del Reino,

¿son rigores o fuegos o llantos infinitos las llaves?

De mi cinto solo penden llaves inútiles, espaditas

ridículas

que coinciden con una sola cerradura,

la de la puerta de siempre,

la del solo y triste y repetido entrar o salir.

Ya impaciente, Señor,

te pido que me señales, no el Reino

de la promesa

sino un sencillo cobertizo, un buen recaudo

donde pueda dormir

ovillado

alrededor de mis pobres pelotas.

EL MERCADER

Los criadores de ganado

traen sus propios corderos de sacrificio.

Él apareció en el atrio

como un cordero de nadie, pero su blancura

era de una región más noble (lo imagino

entre interminables pastos azules).

Todas las ofrendas de la vendimia, aves y crías,

no ganarían las indulgencias

ni los perdones de este Cordero, pensé.

Bajó hacia nuestras ventas. En ese instante

la luz

lo encumbró como la única ofrenda viva, la gratuita,

la suficiente,

la ya sufriente. ¿Por eso,

furioso, rompió jaulas, desató crías

y nos expulsó del templo?

Yo vi: la cólera

es una rara belleza cuando enciende a un animal

tan albo.

LA ÚLTIMA CENA

Yo dispuse sobre la larga mesa los alimentos

de la Pascua.

Soy vieja y sé quién está coronado por la muerte. Era Él.

No me atreví a consolarlo

porque mirando por la puerta la triste noche de Jerusalem

empezó a destazar para sus discípulos

el gran pan

como si fuera un animal de trigo.

Abandoné discretamente el comedor cuando Él decía:

cada pedazo de pan que reciben soy yo.

Uno de los doce preguntó:

¿estás empezando una parábola, Maestro?

Afuera pensé: ¡qué poco avisados sus discípulos

que no ven que el hombre está coronado por la muerte

y que pan o carne es lo mismo!

Cuando se marcharon

mi vecina me acusó de exagerada e imaginera:

Él siempre habla con símbolos, me dijo;

pero en el comedor vacío, entre las migajas y el vino,

percibí el límpido olor de una herida.

ORACIÓN DE GETSEMANÍ

Los olivos nunca crecen con decidido afán

de cielo, irguiéndose rectos y sin dudas.

Los olivos se retuercen nudosos y ásperos

como gente atormentada.

Entre ellos viniste a recogerte como una grave montaña.

Ranas y pájaros te ven de rodillas y desolado

y luego vuelven a sus asuntos:

las ranas tras los insectos

y los pájaros a cantar su celo: esa es la soledad,

cuando todo está desacordado de uno.

¿Percibes ahora, Señor, lo que el enfermo que despierta

de madrugada

y siente que la soledad le entristece cada órgano,

y la noche y su pesar

le parecen más vastos que Dios?

Entre los olivos, Tú eres el destinatario

de tus propias bienaventuranzas,

pobre de espíritu, hambriento, lloroso, sediento

de justicia y con el rumor de una persecución.

Tal vez nunca has estado más cerca del Padre.

Ya estás en el Padre.

La muerte que se acerca

será solo una sangrienta anécdota.

LOS DISCÍPULOS DORMIDOS

Te esperamos, Señor, como un rebaño exhausto

al pie del monte.

El día es un largo ajetreo junto a Ti.

Tus prodigios nos ponen en un mundo distinto. Cuando

vemos que resuelves tan fácilmente

los imposibles, el esfuerzo

por permanecer Pedro, Juan, Andrés o Santiago

es agotador.

Sontos de la tierra, Señor, pescadores y labriegos,

y sin alas.

Sólo dormir nos aligera.

Cuando subiste a hablar con tu Padre

entre los olivos,

no velamos ni oramos, nos tendimos en la yerba

porque el día ya estaba cumplido en nuestro cuerpo.

No reproches

tan acremente nuestro sueño, Señor,

el sueño nos eleva a otra esfera, fabulosa,

como la que viene contigo cuando amanece.

NEGACIÓN DE PEDRO

Frente a la multitud y su grita

¿por qué tu cuerpo

que tenía apostura de árbol afirmado

en la mejor tierra

es ahora carne de vejaciones?

¿Por qué tus brazos

que se, alargaban para curar, resucitar

y calmar tempestades

están recogidos y llagados?

Señor,

vuelve pronto a tus poderes

porque tu debilidad

me convierte a mí en un animal pequeño

y asustado.

Así, disminuido. camino cerca del pretorio,

embozado el rostro v vuelto

hacia las paredes. Todo

se desmorona a mi alrededor.

Si mi alma ahora te niega corno lo anunciaste

no sé si será por miedo

o por esta desesperanza

que mejor nombrada es cólera.

JUDAS

Ser fiel

como un perro seguidor era mi más íntimo

regocijo: sabía que me guiaba el mejor.

Podía copiar sus movimientos, iguales músculos

y huesos se movían en mí,

y su huella

en la yerba o el barro

no era más profunda que la mía.

Cómo no amarlo entonces: Él era el Hijo de Dios

y me concedía su semejanza.

De otro modo no hubiera podido amarlo

ni acompañarlo con serenidad de hermano.

Ay, pero yo ignoraba que era campo de pruebas.

El divino azar hizo rodar entre doce hombres

el huevo de la serpiente. Anidó en mí.

Yo amaba al albo cordero

pero tuve que entregarlo como cordero de sangre.

Y ahora, colgado en el viento, sepan

que no tuve el valor de perdonarme.

JESÚS ANTE PILATO

Como brasa recibida en unas manos

e inmediatamente devuelta, así

quemante

vas.

Ningún poder quiere tocarte, excepto

la insolente muchedumbre. Seducida

grita

que te crucifiquen.

Ahora,

aligerado y puro como pluma puesta de pie,

miras

cómo se cumple el mal: qué pronto

qué puntualmente

los hombres

son turba.

CAMINO AL GÓLGOTA

Rodeado de la perversa muchedumbre

El Sereno Señor lleva su cruz. Avanza

entre un contraste ominoso: su dulce rostro

pregona que belleza es bondad

entre los encorvados, los lupanarios y los desdentados.

En ellos ya triunfó el animal íntimo:

todos tenernos un mono

o un lobo

o una serpiente

que pugna por aparecer y macular nuestro gesto

con su pérfido aire.

Cuánta desesperanza, cuánta distancia

si solo en tu rostro, Señor,

veo la piel de la divinidad.

Entonces descubro

que no te tengo más compasión

por verte caminar entre los deformes. Ay,

como en ellos,

un animal empieza a manifestarse en rostro

y no es de los benditos cielos que tanto contemplo.

LA CRUCIFIXIÓN

Elevado en la cruz, hijo mío,

te haces cada vez más vertical: tu cabeza

injuriada por espinas

ya toca las más altas nubes.

No te puedo alcanzar, no puedo

cerrar tu herida con mi mano,

y la sustancia dorada que te dio el Padre

te sigue abandonando por la lanzada.

Al aire han vuelto los olores

de tu nacimiento. Ay niño mío,

crucificadlo desde. siempre,

tu sangre cae

y quema la tierra

y quema los siglos. El tiempo de los pobres

y el tiempo de los reyes,

con su cada hora, tendidos,

están ardiendo a tus pies.

Mañana todo será nuevo,

menos este dolor infinito. Y no hay consuelo,

sólo una pregunta que grito

y acaso Tú reprochas:

¿Era necesario

que la carne de mi carne

sea entregada como alianza

entre la ingrata tierra y el cielo?

EL DESCENDIMIENTO

No otra cosa ha sucedido aquí

que la muerte del hijo de María. Vean:

el cuerpo solo se impone sobre nosotros,

no necesita ninguna otra grandeza.

La ciudad atardece a lo lejos y

a espaldas de nosotros.

Nos sentimos abandonados. La madre,

la que le dio carne,

no madera, no mineral

sino carne,

la más extraña y débil de todas las sustancias, llora

tan desconsolador trabajo.

Sé que ahora me desmienten, pero yo oí la voz

del muerto

susurrando:

subiré hasta mi Padre con este mismo cuerpo, e incorrupto.

¿Incorrupto, y sin sudores ni llagas, otra vez limpia carne

de leche?

Entonces

verdaderamente éste era el Hijo de Dios.